

blancas como la luna o divertidas como tú. Al recibir ese bello libro de música y de imágenes, a Marie se le han humedecido los ojos, pensando que alguien en el mundo ha pensado en ella. Te ofrece un beso de hermana, ¿lo aceptarás?

Desgraciadamente no disfruto del todo este encanto que revolotea alrededor de mi cerebro. Compréndeme. Le decía a Armand Renaud el otro día que soy demasiado poeta y demasiado enamorado de la sola Poesía para disfrutar, cuando no puedo trabajar, de una felicidad que me parece ocupar el lugar de la otra, la grande, la que otorga la Musa; y además, demasiado incapaz, demasiado débil de cerebro para poder sin tregua, como otros que yo envidio, consagrarme a esta única ocupación digna de un hombre, los Poemas. (Escribo muy confusamente, la monita, que está un poco mala esta tarde, me desgarran los oídos y el pensamiento con sus gritos.) ¿Dónde estaba yo?

Mientras tanto, trabajo desde hace una semana. Me he metido seriamente con mi tragedia de *Herodías*: pero ¡es triste no ser un hombre de letras exclusivamente! A cada instante, mis más bellos impulsos o de rara inspiración, que no vuelvo a encontrar, son interrumpidos por el odioso trabajo del pedagogo, y cuando vuelvo, con los papeles últimos y los bocetos sobre mi manta, estoy tan fatigado que no puedo sino reposar. Si al menos hubiera elegido una obra fácil; pero, justamente, yo, estéril y crepuscular, he tomado un tema tremendo, en el cual las sensaciones, cuando están vivas, son llevadas hasta la atrocidad, y si flotan tienen la actitud extraña del misterio. Y mi Verso es dañino en algunos momentos y hiere como el hierro. He encontrado en ello una manera íntima y singular de tomar y anotar las impresiones muy fugitivas. Añado, para más terror, que todas estas *impresiones* se siguen como en una sinfonía, y que paso a menudo días enteros preguntándome si éstas pueden acompañar a aquéllas, cuál es su parentesco y su efecto... Comprenderás que hago pocos versos en una semana.

Pero para qué hablarte de un Sueño que no verá quizás su cumplimiento, y de una obra que romperé quizás un día, porque habrá estado por encima de mis pobres medios. Además, ahora, tengo la cabeza demasiado dañada por los gritos de la niña para continuar estas quejas incoherentes y estos proyectos. Hablemos de otra cosa. ¿Qué tiempo hace?, ¿como vas tú, querida vía láctea, tú me entiendes? ¿Estás trabajando? ¡Ah!, cómo te espero con impaciencia este verano, porque me has prometido, ¿no es cierto? bien prometido, venimos a visitar.

Me sorprendió mucho el otro día recibir una tarjeta de visita de uno de mis antiguos amigos del colegio, con tu dirección, 35, rue Jacob. Viene de un amabilísimo joven, verdaderamente distinguido, y con el que yo te rogaría hicieras amistad de mi parte si te lo encuentras. Se llama

Paul Bègue. Presenta mis deseos de buen año a tu admirable portero, y a su hija que él te promete en sueños.

Marie te da la mano y Geneviève te tira de la barba. En cuanto a mí, te quiero

STÉPHANE

*A Henri Cazalis*

Tournon, mañana del sábado  
[28, abril, 1866]

Mi querido Henri,

Es necesario reconocer que has abusado con una extraña malicia de una palabra dicha con una sonrisa, y que naturalmente desmiente la carta que te escribí para año nuevo, y que tú dejas sin un apretón de manos. La he esperado todo el tiempo.

Y tengo pues que referirte, sin embargo tres meses, a grandes rasgos ¡es terrible! Los he pasado ensañado con Herodías ¡mi lámpara lo sabe! He escrito la obertura musical, casi aún en el estado de bosquejo, pero puedo decir sin presunción que será de un efecto inaudito, y que la escena dramática que tú conoces, no es, tras estos versos, lo que es una vulgar imagen de Epinal comparada a una tela de Leonardo da Vinci. Necesitaré tres o cuatro inviernos aún para acabar esta obra, pero habré hecho al fin lo que yo sueño que es un Poema –digno de Poe y que los suyos no superarán.

Para hablarte con esta seguridad, yo que soy la víctima eterna del Desaliento, ¡es necesario que entrevea verdaderos esplendores!

Desgraciadamente, profundizando los versos hasta este punto, he reencontrado dos abismos que me desesperan. El uno es la nada, a la que he llegado sin conocer el Budismo, y estoy aún desolado por poder creer incluso en mi poesía y volver al trabajo, que este pensamiento abrumador me había hecho abandonar. *Sí, lo sé*, no somos sino vanas formas de la materia; pero bien sublimes por haber inventado a Dios y nuestra alma. Tan sublimes, ¡amigo mío! que quiero darme ese espectáculo de la materia, tomando consciencia de ella y, mientras tanto, enlazándola fieramente en el Sueño que ella sabe que no es, cantando al Alma y todas las divinas impresiones semejantes que se acumulan en nosotros después de los primeros años, y proclamando ante la Nada, que es la verdad, estas gloriosas mentiras. Tal es el plan de mi volumen Lírico, y tal será quizás su título, La Gloria de la Mentira. ¡Cantaré de desesperación!